

CAPITULO XV.

CONFERENCIA DE LUTERO CON EL DIABLO.—1521.

Aparicion de Satanás á Lutero.—Exámen de la relacion que hace de ella.
Influencia de esta aparicion en la simbólica Luterana.

«Me sucedió en una ocasion que desperté repentinamente cerca de media noche, y Satanás (1) comenzó á disputar conmigo:

—«Oye, doctor iluminado. Sabes que por espacio de quince años has celebrado casi todos los dias Misas *privadas*. ¿Qué dirías si las tales Misas fuesen una horrible idolatria? ¿Qué sucederia si el cuerpo y sangre de Jesucristo no estuviesen presentes en ellas y no hubiesen adorado ni hecho adorar á los demas mas que pan y vino?

»Le respondí:

—«Yo fui consagrado sacerdote; recibí la uncion y consagracion de manos de mi Prelado, y todo lo que he hecho en asuntos de mi ministerio ha sido por mandato de mis superiores y por la obediencia que les debia. ¿Qué

(1) Relacion de la conferencia con el Diablo hecha por Lutero. Traducccion anónima.

razon hay para que me hubiese abstenido de consagrar, cuando no ignoras que pronuncié formalmente las palabras de Jesucristo, y que siempre celebré con gravedad y aplomo?

—»Sea en buen hora; pero los turcos y los paganos tambien celebran las ceremonias de su falso culto con compostura, y los sacerdotes de Jeroboan hacian lo mismo con las suyas, á pesar de ser contrarias á las de los sacerdotes que estaban en Jerusalem. ¿Qué sucederia si tu orden y tu consagracion fuesen tan falsas como las de los turcos y los samaritanos? Cuando te ordenastes, ni conocias bien á Jesucristo, ni tenias otra fe que la que tiene un turco, porque el turco y los diablos creen que Jesucristo nació, que fue crucificado, y que murió, etc.; pero el turco y nosotros, espiritus réprobos, no confiamos en su misericordia, ni le reconocemos por maestro, mediador y salvador. Tal era tu fe al recibir la consagracion del Obispo, y todos los que consagraban ó eran consagrados abrigaban iguales sentimientos respecto de Jesucristo. De aquí que, queriendo alejaros de él como de un juez cruel y severo, hayais recurrido á la Virgen Maria y á los santos para que os sirvan de mediadores, usurpando la gloria de Jesucristo. Vosotros habeis recibido las ordenes y habeis dicho Misa como paganos, y no como cristianos. ¿Cómo habeis podido consagrar en la Misa, ó celebrarla, faltando en ella una persona que tuviese el poder de consagrar lo que es, segun vuestra propia doctrina, un defecto esencial? Tú has sido consagrado sacerdote; pero has abusado de la Misa, contrariando el objeto para que la instituyó Jesucristo, quien quiso que el Sacramento fuese distribuido entre los fieles que querian comulgar, y que se diera á la Iglesia para que lo comiese y lo bebiese. El verdadero sacerdote está investido del carácter de ministro de la Iglesia, para predicar la palabra divina y para administrar los Sacramentos, segun lo manifiestan las que pronunció Jesucristo en la Cena, y las que

dirigió San Pablo, hablando de este suceso, á los corintios, de donde vino que los antiguos llamasen á este sacramento *Comunion*, porque no era solo el sacerdote quien debia participar de él, sino todos los demas fieles. Tú, sin embargo, has estado durante quince años aplicándote á tí mismo el Sacramento, cuando has celebrado Misa. ¿Qué sacerdocio, qué ordenes, que Misas y qué consagraciones son estas? El designio de Jesucristo, como lo indican sus propias palabras, es que al recibir el Sacramento anunciemos y confesemos su muerte.: «Haced esto, dice, en memoria mia,» como añade San Pablo, «hasta que Él venga.» Pero tú, no solo no has confesado á Jesucristo, sino que te has administrado á tí mismo el Sacramento, pronunciando entre dientes y para tí solo las palabras de la Cena. ¿Y es esta la institucion de Jesucristo? ¿Probarás con esos actos que eres su sacerdote? ¿Para eso te has ordenado? Es evidente que el pensamiento y el fin de la institucion de Jesucristo son que los demas cristianos participen tambien del Sacramento; mas tú, tú no has sido consagrado para *distribuir*, sino para *sacrificar*, para servirte de la Misa como de un sacrificio. Y si no, ¿qué significan las palabras del Obispo al conferir el sacerdocio: «Recibe, dice, poniendo el cáliz en manos del ordenando; recibe el poder de celebrar y *sacrificar* por los vivos y los difuntos?» ¿Y dirás que no es una cosa siniestra y perversa esta manera de conferir el orden sacerdotal? Ciertamente que sí: Jesucristo, al instituir la Cena, quiso como convidar y dar un refrigerio á la Iglesia universal; y esa es la razon por qué el sacerdote presenta la hostia á todos los que han de comulgar; pero tú, tú sacrificas *solo* delante de Dios. ¡Oh abominacion, y mas que abominacion!

«Como queda dicho, el fin de Jesucristo fue la *distribucion* del Sacramento entre todos los fieles, para que con su ayuda pudiesen defenderse de las tentaciones del demonio y del pecado, y como para recordar y publicar

constantemente la bondad de sus obras; pero tú te reservas estos frutos, como una cosa que solo á ti pertenece y que puedes recoger por tí solo y dispensar á tu placer, gratuitamente ó por el dinero. Di ahora: ¿qué podrás oponer tú á todo esto? ¿Dirás que no eres un clérigo hecho para los intereses mundanales, mas bien que para seguir á Jesucristo? Es decir, un clérigo sin fe y sin amor de Cristo. Si, porque has recibido el sacerdocio, contra el precepto y fin del mismo Jesus, no para *dar* á los demas el pasto sagrado, sino solo para *sacrificar* por los vivos y los difuntos: tú no, no has sido ordenado para ser ministro de la Iglesia, etc. Ademas, tú nunca has distribuido el Sacramento á los fieles; tú no has publicado las obras de Jesucristo en la Misa, y tú, en fin, por consecuencia, no has llenado los altos fines de la institucion cristiana. ¿Y negarás que has recibido el sacerdocio contra la misma institucion cristiana y contra el mismo Jesucristo? Y si estás consagrado por los Obispos, contra el designio del mismo Jesucristo, digámoslo de una vez, tu sacerdocio es impío y anticristiano. Asi, pues, te pruebo, te sostengo, que tú no has consagrado en la Misa, y que no has hecho adorar á los demas sino *solo pan y vino*.

»Ahora voy á decirte qué es lo que falta en la Misa: en primer lugar, una persona que pueda consagrar válidamente; es decir, un cristiano: falta, en segundo lugar, una persona para que se haga la consagracion y á quien se dé el Sacramento, es decir, la Iglesia, el resto de los fieles, el pueblo, en una palabra.

»Tú solo allí, delante del altar, te imaginas que Jesucristo ha instituido para *tí solo* el Sacramento, y que tú nada tienes que hacer para que se realice la consagracion mas que repetir ciertas palabras, y, en verdad, tú no eres miembro, sino enemigo de Jesucristo. Allí falta, en tercer lugar, el designio, el fin de la institucion, y el fruto que deba producir, porque Jesucristo instituyó la Eucaristia para que

sirviese á la Iglesia universal de alimento y bebida, para confortar la fe de los cristianos, para revelar y predicar en el altar su obra.

»Ahora bien: los demas, el resto de los fieles que ignoran todo cuanto dices en la Misa, nada aprenden, nada reciben de tí, porque tú solo en un rincon, sin participarlo á nadie, te lo comes y bebes solo, ignorante de las palabras de Jesucristo, fraile indigno (1) y sin fe: tú con nadie comunicas, y (como es costumbre vuestra) tú vendes á peso de oro, como una cosa buena, tu misma mala obra. Asi, pues, si tú eres incapaz de consagrar; si no debes consagrar; si no puede nadie recibir el Sacramento en tu Misa; si tienes el plato al revés; si perviertes completamente la institucion eucaristica; si tú, en fin, no has sido ungido mas que para contrariar la doctrina y la institucion cristiana, di, ¿qué es entonces tu sacerdocio? ¿Qué es la Misa sino una blasfemia (2)? ¿Qué haces tú mismo sino tentar á Dios, dejando de ser un verdadero sacerdote, y las especies que dices consagrar el verdadero cuerpo de Jesucristo? Mas para que acabes de convencerte, voy á hacerte una comparacion. Si cualquiera se pusiese á bautizar sin tener á quién, como, por ejemplo, cuando un Obispo, siguiendo la ridícula costumbre de los papistas, bautiza una campana, que ni puede ni debe recibir el bautismo, ¿seria tal cosa un verdadero bautismo? ¿Dejarás de confesar que esto no será tal bautismo, sopena de convenir que puede bautizarse una cosa que no existe, ó que, aunque exista, no puede recibir el Sacramento? ¿Seria bautismo si yo pronunciase las palabras al aire, ó dijese, por ejemplo: «Yo bautizo en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu-Santo,» y arrojase el agua al aire? Dime, ¿á quién vendria la remision de los pecados ó la divi-

(1) Téngase presente que habla el demonio, y su lenguaje no debe esperarse menos templado. (Nota del traductor.)

(2) Repetimos que habla el demonio, por boca de su digno intérprete, Martin Lutero. (Nota del traductor.)

na gracia, sería al aire ó á la campana? Es indudable: en este caso, ni existió ni pudo existir el bautismo, aunque se haya pronunciado la palabra, aunque se haya vertido el agua, porque falta la persona que las reciba. ¿Qué dirías tú si te pasase una cosa semejante en tu Misa? ¿Que tú pronuncias las palabras, que tú creyeses recibir el Sacramento, y que, sin embargo, en realidad no recibieses más que las especies de pan y vino? Porque la Iglesia universal, que es la persona que debe recibir, falta allí. Y tú, impio é incrédulo, no eres más digno de recibir el Sacramento que una campana el bautismo, porque tú no tienes nada de lo que exige el Sacramento. Tú me opondrás que no porque dejes de distribuir el Sacramento á los demás, se haya de entender por eso que solo cuidas de administrártelo á tí mismo, pues no porque muchos incrédulos recibían el bautismo deja de haber por eso un verdadero bautismo. ¿Por qué, dirás, no ha de suceder lo mismo con la Misa?

Mas no es lo mismo, porque en el bautismo, aunque se administre en casos apremiantes, siempre reúne dos personas, el bautizante y el bautizado, y frecuentemente otras muchas personas de la Iglesia. Además, las funciones sacerdotales en este caso son tales, que no puede prescindirse de *comunicar algo á los demás*, como sucede en la Misa, que tú dices que á tí solo la aplicas: por otra parte, las demás ceremonias y circunstancias del bautismo, ¿son conformes á la institución cristiana? Aun más te diré: ¿por qué no enseñas que cada uno puede bautizarse á sí mismo? ¿Por qué desaprobarias tal bautismo? ¿Por qué rechazarías la confirmación, si en vez de administrarla uno de vosotros se la aplicase cada uno á sí mismo? ¿Por qué el orden sacerdotal no valdria si uno se ordenase á sí mismo? ¿Por qué la extremaunción no sería Sacramento si el moribundo se la aplicase á sí mismo? ¿Por qué el Sacramento del matrimonio no existiria si pudiese uno casarse á sí mismo, de modo que, deseando forzar á una doncella, no

hubiera más que decir que nos habíamos unido precediendo un Sacramento que el mismo forzador se administraba en el acto de la violación? ¿Cuyos actos son todos vuestros siete Sacramentos! Y ahora bien; si nadie puede darse á sí mismo un Sacramento, ¿cómo quieres tú aplicarte á tí mismo el de la Eucaristía? Bien es verdad que Jesucristo se la administró á sí mismo, y que los demás sacerdotes no hacen en esto más que imitarle; mas no lo consagró por sí solo, sino con los Apóstoles y con la Iglesia universal, y todos debéis hacer lo mismo, y cumplireis el precepto de Jesucristo. Al hablarte yo así no creas que niegue por eso en el sacerdote la posibilidad de recibir la comunión como cualquier otro cristiano; lo que sostengo es que no puede administrársela á sí mismo. De la misma manera, al decir que no puede uno ordenarse á sí mismo, no creas que dudo yo de que una vez ordenado y llamado tal sacerdote, haciendo uso de su vocación, no pueda servirse de ella; y, en fin, al preguntarte si puede uno casarse á sí mismo, no juzgues dudo yo que si la doncella consiente no hay real y verdadero matrimonio.

«A tan diestras observaciones y á tal combate por parte del demonio, quise responder con los argumentos que habia aprendido de los papistas; y así es que le opuse la fe y la intención de la Iglesia, asegurándole que bajo esta intención y fe habia yo celebrado mis Misas rezadas (*meses privées*).

—«Considera, le dije, que yo no he hecho más que lo que debía: he creído, porque la Iglesia me manda creer.

«Mas Satan, embistiéndome con más vehemencia que nunca:

—«Dime dónde está escrito, me repetía; dime dónde está escrito que un impio, un incrédulo, pueda asistir al convite sagrado de Jesucristo, y consagrar en la fe de la Iglesia. ¿Es esto lo que Dios recomienda? ¿Es esto lo que manda? ¿Cómo probarás tú que la Iglesia te comunica su in-

tencion para decir tu Misa rezada, si en nada tienes la palabra de Dios, tú ni los que te la han enseñado? Toda vuestra doctrina es una patraña: ¡tal vuestra audacia! Haced las cosas santas en las tinieblas; abusais del nombre de la Iglesia, ¡y aun quereis sostener que en la intencion de la Iglesia entran vuestras abominaciones! No vuelvas, pues, á pretestarme la intencion de la Iglesia: la Iglesia no ve ni piensa nada contrario á las palabras y á la institucion de Jesucristo, y mucho menos contra su designio y su fin, como te he dicho ya, y como lo dice el mismo San Pablo, en su primera Epístola á los corintios, cap. II, hablando de la Iglesia, de la reunion de los fieles: «Conocemos los sentimientos de Jesucristo.»

»Mas ¿cómo has aprendido que una cosa es conforme al fin y la intencion de Jesucristo y de la Iglesia, sino por la palabra de Jesucristo, por la doctrina y la pública profesion de la Iglesia? ¿Cómo conoces tú que la intencion y el pensamiento de la Iglesia sea que el adulterio, el homicidio, la incredulidad, ocupen un lugar entre los pecados mas graves que labran vuestra condenacion? Y, ¿cómo sabes tú otras cosas análogas sino por la palabra de Dios?

»Y si debe aprenderse de la palabra de Dios lo que la Iglesia piensa de la bondad ó maldad de las obras, ¿por qué no habreis de deducir tambien lo que piensa de su doctrina? ¿Por qué, blasfemo, contravienes en tu Misa á las palabras claras, á las órdenes terminantes del mismo Jesucristo? Y ¿por qué tú te cubres con su nombre y el de la intencion de la Iglesia para defender tus imposturas y tu impiedad? ¡Tú eres el que con tan pobre colorido adornas tu propia opinion, como si la intencion de la Iglesia pudiese contrariar las palabras del mismo Jesucristo! ¡Qué audacia tan prodigiosa, profanar el nombre de la Iglesia con tales patrañas y tanta procacidad!

»Puesto que el Obispo no te ha dado poder mas que para decir tus Misas al administrarte el sacerdocio, al decir las

para tí solo podrá decirse que estás autorizado para contrariar las palabras terminantes de Jesucristo, el pensamiento, la fe y la doctrina de la Iglesia, y que tu sacerdocio nada tiene de sagrado, y es impío, irreligioso, sacrilego. Y ciertamente vuestro sacerdocio es tan nulo, tan inútil, tan ridículo como el bautismo de una piedra, de una campana.

»Y esforzando y apurando sus razones, Satanás concluyó diciendo:

—«Jamás has consagrado; jamás has hecho mas que ofrecer pan y vino, imitando á los paganos: por un espíritu infame de mercantilismo injurioso á Dios, tú has vendido tu obra á los cristianos, sirviendo, no á Dios y á Jesucristo, sino á tu vientre. ¿Se habrá visto jamás abominacion mas inaudita?»

»Ved ahí, con corta diferencia, el resumen de esta disputa.

»Ya veo desde aquí á los Santos Padres, que se ríen de mí, y esclaman: «¡Qué, doctor! ¿Se queda corto y no puede responder á Satanás? ¿Pues no sabes, doctor, que el demonio es un espíritu de mentira?» Gracias, contesto yo, mis padres: hasta este momento yo no sabia, si vosotros no me lo hubiéseis enseñado, doctos teólogos, que el demonio es un espíritu engañador; pero estad ciertos que si vosotros hubiéseis disputado con él, no diriais eso ni hablariais como habláis de las tradiciones de la Iglesia; pues el demonio es un hábil disputante, y sin una especial gracia del Señor es imposible resistir su lógica. En un golpe, en un abrir y cerrar de ojos, llena la mente de tinieblas y de falacias, y si por ventura tropieza en un hombre que no sabe contestarle al momento con la divina palabra, no necesita mas para vencerle. En verdad, es un espíritu falaz; pero no le oireis en sus acusaciones mas que el doble argumento de la ley de Dios y del testimonio de nuestra conciencia. Así, doctores, no puedo negarlo: estoy conven-

cido: he pecado; mi pecado es grande, y soy culpable de muerte y condenación...»

Tal es el relato de esta vision, en que Lutero parece menos ufano que en Worms. El diablo, por otra parte, no se muestra en esta ocasion mejor dialéctico que el dominico en la disputa de Leipzig, en que, segun dice el mismo Lutero, Satanás habló por boca de Eck. A menos que el reformador no nos haya querido ocultar los mas fuertes argumentos con que el diablo le aterró, es preciso confesar que Lutero en esta ocasion, no habiendo refutado la tesis satánica cumplidamente, se portó peor que un mal estudiante de teología: bastaba para confundirle que hubiese abierto uno de los catecismos que se encuentran en todas las casas de Alemania, en la página donde enseña la Iglesia que el sacerdote, celebrando la Misa, aplica sus frutos á todos los que asisten devotamente. Y si Satan era tan poco inteligente en la doctrina cristiana, no sabemos qué hubiese respondido á Lutero sobre los puntos de historia con que quiere robustecer sus argucias: no sabemos qué hubiese contestado al decirle dónde habia leído que los turcos creen en la muerte de Jesucristo, siendo así que Mahoma, en su Alcoran, dice terminantemente que Jesucristo fue arrebatado á los cielos, y otro hombre puesto en su lugar fue crucificado por Él. Se ve, pues, que Lutero, en vez de atacar, no hizo mas que dar fuerzas al enemigo. Si el doctor de Ingolstadt, ó Tezel, ó Emser, le hubiesen opuesto la indignidad del sacerdote para probar la ineficacia del Sacramento, estemos seguros que entonces hubiese contestado:

«Si el demonio se me aparece sin saber yo que es él quien desempeña falsamente las funciones del sacerdocio, y que en figura de hombre bautiza, celebra, absuelve, llevando estas funciones conforme á la institucion de Jesucristo, no podremos menos de conceder que tales Sacramentos tienen toda su eficacia, y que habremos recibido

un verdadero bautismo, una verdadera absolucion, una verdadera Misa, en que tendremos el cuerpo y sangre de Jesucristo; porque nuestra fe y la eficacia de los Sacramentos no se fundan en la cualidad de la persona. ¿Qué importa que la persona sea digna ó indigna, un demonio ó un ángel?»

Imposible nos parece que Lutero, en esta aparicion de Satanás, estuviese despierto, y no vemos en sus palabras, flojas hasta el abandono, el valor, la intrepidez con que debia atacar á su enemigo. Nosotros no comprendemos mas que lo que puede desprenderse de los textos del mismo Lutero y de otros reformados, entre los cuales Drelincourt afirma «que la serpiente atacó á Lutero, prometiéndose la victoria, porque el siervo de Dios habia celebrado su *Misa privada* por espacio de quince años, y que Satan habia probado con argumentos incontrastables que estas Misas eran contra Dios y contra la Divina Escritura.» El ministro concede en esta lucha un puesto ventajoso á Satanás.

Concede el mismo que esta entrevista contribuyó maravillosamente á los progresos de la Reforma: todas las dudas que tenia respecto al espíritu de Lutero, respecto al valor de los textos bíblicos, quedaron aclaradas y resueltas con los argumentos de Satanás. Desde entonces, convencido el monge por el espíritu de las tinieblas, no vió ya en el sacrificio de la Misa mas que una idolatría papista, y dejó de celebrarle. Para probar los reformados, á imitacion de Drelincourt, que la Misa no era mas que una ceremonia gentilica, convirtieron contra nuestros sacerdotes el testo y los argumentos de Satan. Los sacramentarios, como Pareus, invocaban por su parte la misma aparicion, para convencer á los luteranos y calvinistas que si el diablo se habia aparecido al padre de la Reforma para salvarle de la idolatría cometida en la celebracion de la Misa, á Zwinglio se le habia aparecido un ángel para enseñarle el verdadero sentido de las palabras de la Cena. Lutero, por su parte, se

burlaba de esta vision con gran escándalo de los zwinglianos, que jamás pudieron creer las apariciones de Satan á Lutero.

«¿Sabeis, dice Lutero, por qué los sacramentarios Zwinglio, Bucer y Ecolampadio no han entendido jamás una palabra de las Divinas Escrituras? Porque jamás han disputado con el demonio; porque cuando el diablo no ase á nuestro cuello, nosotros no somos mas que unos pobres teólogos.»

Un escritor que tuvo la gloria de disputar frecuentemente con Bossuet, M. Claude, no ve en estas conferencias con Satan mas que una especie de parábola ó mito, imaginado por Lutero, cuya erudición estaba nutrida con la lectura de los escritos de los monges á quienes el demonio se habia aparecido con frecuencia. Lutero, en ella, mas bien que una cosa real y verdadera, no hace mas que presentar la abstraccion filosófica de las malas pasiones: por nuestra parte diremos que Claude tuvo tanta elocuencia como concedía Lutero á Barrabás; pero no por eso nos conviene: ¡tan clara es la impostura, tan terminante el testo de la aparicion! No hay, pues, lugar á creer que fuesen las creaciones de Lutero una fábula teológico-moral, como supone Claude, sino una patraña clara y manifiesta con que sedujo á la generalidad.

El mismo Lutero desmiente á su malhadado apologista, porque en su tratado *De Missa privata*, donde reproduce su vision, para ponderar la fuerza con que Satan le argumentaba tanto, que era imposible resistirla mucho tiempo, dice:

«Ved cómo me esplicaba la causa por qué muchos aparecen muertos en su cama: «Yo, decia Satan, les retuerzo el cuello, y quedan muertos.» Emser, Ecolampadio y otros á quienes se les ha encontrado así, han muerto (repentinamente) entre las garras de Satan. Hospiniano creyó que Emser habia muerto diabólicamente, como dice Lutero;

mas al mismo tiempo no pudo abandonar al demonio á Ecolampadio, «evangelista de pura y santa vida, decia él, que, segun el testimonio de Beze, despues de un dulce tránsito, habia ido á reunirse con Zwinglio, su hermano.» El cura de Einsiedeln pretendia que Lutero no estaba poseido por un espíritu impuro, sino ocupado, como una fortaleza, por una legion de demonios.

¿Quién no se admira aun de los cuentos que corrieron entonces por Alemania acerca del comercio y trato que tenia Lutero con los poderes invisibles; las entrevistas nocturnas con el demonio, que para mejor hablarle en la Wartbourg tomó la figura de una dama de la familia de Berlipz? El mismo Lutero cuenta esta visita. ¿Quién abria las fuertes y aherrojadas puertas del castillo? ¿Quién la habia dejado penetrar hasta su soledad? ¿Cuál habia sido su misión? Sobre estas cuestiones solo Lutero podría darnos esplicacion; pero guarda respecto á ellas el mas profundo silencio. Algunos historiadores reformistas pretenden que fue portadora del decreto del Emperador; mas se comprende que era regular se hubiese confiado tal misión á otra persona que una mujer jóven.